



La Punta de la Galera

Hace mucho tiempo, en una hermosa villa romana cerca de la costa de Cádiz, vivía una joven llamada Lucía. Era conocida por su gran belleza y su inteligencia, con un rostro que iluminaba cualquier rincón y unos ojos que reflejaban el azul del Atlántico. Muchos jóvenes de la región suspiraban por ella, pero su corazón solo latía por alguien especial.

No muy lejos de allí, en las colinas cercanas a Bolonia, vivía un gigante llamado Arán. Aunque imponente en tamaño, Arán tenía un alma bondadosa y un corazón lleno de sueños. Un día, mientras recolectaba madera cerca de la playa, vio a Lucía pasear entre las dunas. Su belleza lo dejó sin aliento. Poco a poco, ambos comenzaron a hablar. Se contaban historias, reían juntos y, pronto, la amistad se convirtió en un amor profundo y sincero.

Sin embargo, los padres de Lucía no estaban de acuerdo con esa relación. “Un gigante no puede ser nuestro yerno”, decían con severidad. “¿Qué sabrá él de cuidar tierras o ganados?” Decididos a separar a los enamorados, enviaron a Lucía a vivir con unos familiares en Sevilla, lejos del mar y de Arán.



Lucía obedeció, aunque con el corazón roto. Subió a una galera que esperaba en el puerto para llevarla río arriba. Cuando Arán supo que se llevaban a su amada, su tristeza se transformó en determinación. Corrió hasta la punta del acantilado donde hoy se encuentra el Faro de Trafalgar y, con manos firmes y grandes, comenzó a levantar un monumento de arena y piedras con forma de una inmensa galera.

“¡Mírame, Lucía!”, gritaba desde lo alto, mientras los marineros en la galera se detenían, intrigados por su obra. La escultura era tan impresionante que los hombres del barco decidieron acercarse, convencidos de que no había peligro, sino un gesto de amor extraordinario.

Desde la cubierta, Lucía vio la dedicación y el amor de Arán reflejados en aquella obra. Sin pensarlo dos veces, pidió al capitán que diera media vuelta y la dejara regresar. Al llegar a la playa, corrió hacia el gigante y lo abrazó con fuerza.

“Arán, tu amor ha demostrado ser más grande que cualquier barrera”, dijo Lucía con lágrimas en los ojos. “Volvamos juntos. Hablaré con mis padres; deben entender que el verdadero amor no tiene fronteras.”

Ambos se presentaron ante los padres de Lucía. Arán prometió aprender a trabajar la tierra y ayudar en todo lo necesario. Ante la sinceridad y el compromiso del gigante, los padres de Lucía finalmente entendieron que no importa el tamaño, sino la grandeza del corazón.

Desde entonces, Lucía y Arán vivieron felices, dedicándose a la pesca, al campo y a explorar juntos los hermosos paisajes de Cádiz. Su historia se transmitió de generación en generación, y el lugar donde Arán construyó su galera pasó a conocerse como La Punta de



la Galera, un recordatorio eterno de que el amor verdadero puede superar cualquier obstáculo.

Si alguna vez visitas el Faro de Trafalgar y sientes la brisa del mar acariciar tu rostro, recuerda esta leyenda. Quizás, si escuchas con atención, oirás el eco de aquel gigante y su amada, cuya historia quedó grabada en el viento y las olas.